

La ciudad y la política: la disputa por el espacio público en Bogotá

La conquista del espacio público en Bogotá (1945-1955)

ANA MARÍA CARREIRA

Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2019, 406 pp., il.

EL ESPACIO público ha sido objeto de innumerables estudios por parte de urbanistas, arquitectos, historiadores y otros científicos sociales pues, sin duda, acompaña desde hace más de un siglo la observación sistemática de los acelerados procesos de crecimiento de las ciudades en todos los rincones del planeta. La bibliografía con relación al espacio público es extensa en libros, revistas especializadas y aun en notas de prensa, y dada su complejidad ha dado lugar a programas de posgrado en diferentes universidades del orbe. La razón es evidente: si hoy en día el mundo es globalizado, esto se debe a que es urbano; si la tendencia a residir en una ciudad, o cerca de ella, reúne a más de dos terceras partes de la humanidad, si los beneficios sociales y tecnológicos son accesibles y generalizables por la existencia de las múltiples redes y dispositivos urbanos, si los llamados logros y malestares del mundo contemporáneo están atravesados sin excepción por la vida urbana, entonces, explicar por qué ello es así, y de qué modo lo es, se ha convertido en un lugar central para todas las disciplinas de conocimiento que tienen por objeto explicar la sociedad, el ser humano que le da forma, y el lugar que ha construido para habitar junto con los demás.

Por lo anterior, existe consenso si se afirma que la vida en la ciudad se experimenta entre dos ambientes que hoy aparecen distintos y en conflicto: el espacio doméstico y el espacio público, entendiendo por lo primero el ámbito de lo privado y por lo segundo el lugar de lo común, de lo compartido, de lo socialmente accesible. De esta manera, en la mencionada bibliografía, el espacio público se explica por oposición al espacio privado: el uno es la negación del otro. Este es el punto

de partida del libro de Ana María Carreira que reseñamos. Solo que ella avanza sobre este enunciado cuando afirma que es posible que el espacio público se privatice —en la doble acepción de “privado”, por el control político de unos sobre el conjunto, y de imposición del capital privado sobre los bienes comunes— y, por lo tanto, que amplios sectores urbanos lo experimenten como ausencia, pues les fue alienado. Según su estudio, esto es lo que ocurrió en Bogotá mediando el siglo XX.

El libro de Ana María Carreira es producto de una tesis doctoral. Menciono este hecho solo para anotar la importancia que han adquirido en nuestro país las tesis, desde las de pregrado hasta las doctorales, para el avance del conocimiento sistemático de las ciencias de la naturaleza, de la vida y de la sociedad. Estos trabajos son momentos especiales y privilegiados, pues la experiencia del taller es la que cobra forma: el alumno demostrando al maestro que es capaz de realizar una obra digna de la comunidad de saber a la que busca ingresar. Pero cabe señalar que cuando el avance del conocimiento descansa casi que únicamente en este mecanismo, puede estar indicándonos la existencia de pocos centros de investigación diferentes a las universidades, y esto, a todas luces, para nada es aceptable.

Retornando a la reseña del libro de Ana María Carreira, decíamos que la distinción entre público y privado es el camino trazado por la autora para enunciar el espacio público como el lugar de la ciudadanía en la ciudad, pues encuentra en su materialidad la posibilidad para manifestarse y ejercerse. En calidad de público, este espacio de la ciudad debe permitir el reconocimiento de la diferencia al tiempo que servir de soporte a ella: en palabras de la autora, “lo público debe permitir articular y aceptar las diferencias y, a su vez, ser ámbito de soporte. Este espacio concreto debe, por tanto, ofrecer lugares diferentes para dar cuenta de esas diferencias y articularlas en cierta continuidad espacial” (p. 34). En calidad de público, este espacio —que evidentemente es urbano y, según la autora, encuentra en el urbanismo la disciplina que le da forma cuando diseña la ciudad—

tiene una dimensión jurídica pues es regulado institucionalmente, de manera que se garantice su existencia en cuanto reserva del suelo de la ciudad, libre de construcciones privadas, para el esparcimiento, la movilidad, la monumentalidad y otros usos colectivos. También tiene una dimensión política pues su materialidad y control influyen en el modo como se ejerce la ciudadanía, como se viven las dinámicas de la vida cotidiana y, citando a Jordi Borja, como se desarrollan “los momentos comunitarios fuertes, de afirmación o de confrontación, el de las grandes manifestaciones ciudadanas o sociales” (p. 35), de manera que es política la expresión del derecho ciudadano que habla de la demanda por el espacio público, del rechazo a ser excluido de y en él, y de la participación como condición de la vida urbana. Finalmente, el espacio urbano reconoce su dimensión cultural cuando se expresa en la monumentalidad, en la historia que contiene, en la identidad colectiva que simboliza y en los valores que transmite por medio de su estética, equipamientos e infraestructura.

Con esta armazón conceptual, la autora expone en seis capítulos los resultados de su investigación sobre el espacio público en Bogotá durante la primera mitad del siglo XX, con especial atención a lo sucedido en el decenio que corre de 1945 a 1955. En el primer capítulo presenta el soporte conceptual de su estudio histórico, que sintetizamos en el párrafo anterior. Solo nos resta afirmar que, para la autora, el espacio público que estaba activo en Bogotá y materialmente existía hasta la década de 1950 fue una conquista social, pues el punto de partida fue la ciudad de fundación española que por definición excluyó al otro. De modo que ella entiende que el espacio público en esta ciudad emergió de la confrontación entre el espacio material, por ejemplo el damero, y la experiencia social que buscó resolver esa exclusión en Bogotá a partir de la década de 1930.

El segundo capítulo presenta el estudio histórico de lo sucedido en Bogotá desde el inicio del siglo XX hasta finalizar el decenio de 1930, considerando que el urbanismo y la planeación son los dos índices que mejor dan cuenta de la dimensión del

RESEÑAS		HISTORIA
<p>cambio urbano. Para la autora, el gran evento de estas dos primeras décadas fue el tránsito de la parroquia al barrio como lugar de experimentación de la vida en ciudad. Cuando Karl Brunner, urbanista vienés, llega a la ciudad, ya era manifiesta en ella la necesidad de pensar y construir una urbe que, convirtiéndose en moderna, diera lugar a formas de sociabilidad alejadas de los constreñimientos heredados del damero de la ciudad colonial. El examen de la obra de Brunner en Bogotá es detallado, pues la autora lo estima un antecedente para la ciudad moderna y la aparición de formas de participación ciudadana, esto es, del espacio público.</p> <p>El tercer capítulo estudia con gran detalle el decenio de 1940 en Bogotá. Cuatro momentos en espacial organizan el examen de dicha década: la Conferencia Panamericana, el Bogotazo, la contratación de Le Corbusier y, prolongándose sobre el decenio siguiente, la transformación de la Secretaría de Obras Públicas, de planificadora en constructora de la ciudad. Para explicarlos, estos grandes eventos urbanos se inscriben en la irrupción del automóvil en la urbe y, con este, del plan vial como estructurante del espacio de la ciudad; la preocupación por “modernizar” la imagen de la vieja ciudad, en especial de la plaza de Bolívar y sus inmediaciones; el debate por el Paseo Bolívar y el asunto de los “pobres” en la ciudad, las plazas de mercado y, muy interesante, el protagonismo dado al alcalde Mazuera, pero no como constructor de espacio público sino como lo contrario, personificando en él un claro inicio de la pérdida que sufrió el habitante de Bogotá al vivenciar la privatización del espacio público.</p> <p>El cuarto capítulo muestra el modo como en la ciudad, descrita en los dos capítulos anteriores, tomó forma el espacio público y se hizo uso de él. La autora realiza este estudio deteniéndose minuciosamente en los cafés de la ciudad, en las chicherías y cabarés, en los hipódromos, galleras, casinos y garitos, en los parques, estadios y salones de bolos, en las plazas de mercado, la religiosidad y, algo notable, en el examen de la calle como uno de los lugares de lo público por excelencia. Este capítulo se acompaña,</p>	<p>en los anexos, de un directorio que individualiza en el espacio de la ciudad cada uno de los lugares señalados, y de una colección de planos para ubicarlos espacialmente, permitiendo con ello no solo saber cuáles existían sino en dónde estaban y, al visualizarlos en los planos, encontrar las concentraciones en zonas específicas de lo que ahora es el centro de la capital.</p> <p>El quinto capítulo se detiene en el que tal vez ha sido, siguiendo la definición de Borja, el “momento comunitario fuerte” más importante en la historia de la ciudad, el Bogotazo. La autora es clara en señalar que, con relación a la dinámica modernizadora que estaba viviendo la ciudad, el 9 de abril de 1948 se ha constituido en un mito urbano, ya que las fuerzas del cambio material en la ciudad, los debates en curso y los efectos del “pico y la pala” sobre la vieja urbe estaban en curso mucho antes de este suceso, razón por la cual considera que su verdadero valor en este sentido ha sido exagerado; sin embargo, es enfática en afirmar que sus efectos no fueron menores respecto al control de la vida social, pues el miedo de las élites, al tiempo que el ejercicio del capital sobre el valor y uso del suelo, a partir de entonces contribuyeron a privatizar el espacio público bogotano. Este examen del Bogotazo es de especial importancia en el libro, ocupa un lugar destacado en su explicación de lo ocurrido, sin que ello signifique reforzar el mito urbano creado con los sucesos del 9 de Abril.</p> <p>El sexto y último capítulo se presenta a modo de conclusiones de su estudio. La autora estructura su explicación retomando, ya no solo desde lo conceptual sino desde lo examinado en el acontecer de la ciudad, la confrontación de lo privado con lo público, enunciada ahora como “intereses”. Y lo lee desde el papel que representan en ello el Bogotazo y la consecuente instauración de un nuevo orden, desde la política bipartidista, sus crisis pero igualmente sus acuerdos, la violencia política, la migración a la ciudad y, por supuesto, el poder manifiesto del capitalismo y sus élites contra la conquista espacial alcanzada particularmente por el gaitanismo y su toma de las calles que “intranquilizó e irritó a los grupos dominantes”. Con ello se cortó</p>	<p>el proceso pues “el espacio público fue víctima de esa reconquista, declinó su uso, y no solo se interrumpió la construcción de nuevos espacios, sino que los existentes sufrieron una depreciación de su infraestructura y de su valor simbólico” (p. 335).</p> <p>De esta manera, el estudio de Ana María Carreira fija como un importante parteaguas en la historia de la ciudad el momento en que la construcción de un espacio público participativo y diverso, que acompañó la irrupción de estos sectores en defensa de su derecho a la ciudad, fue totalmente frenada cuando las élites y el capital impusieron una idea de orden que convirtió el espacio público en factor de enriquecimiento de esas mismas élites y domesticación de los sectores sociales que pudieran poner en peligro ese dominio.</p> <p>Sin duda es importante y valiosa esta explicación de la construcción del espacio público en la ciudad y sus avatares a mediados del siglo XX. Pero cabe preguntarse por la preferencia de la autora a recurrir al gobierno central, la Presidencia de la República y la dinámica partidista como el “lugar” de la explicación histórica de un asunto que ciertamente es social pero ocurre en la ciudad: el espacio público. Como ella afirma, el espacio marca el sentido de lo sucedido en una ciudad. Por ello, el protagonismo dado al gaitanismo y su modo de hacer política desde la calle es un valor indudable en el libro, pero considero que no es suficiente por sí mismo para dar forma al surgimiento de una conciencia ciudadana, preocupada por el derecho a la ciudad. Para el momento de la aparición del gaitanismo en Bogotá, ya amplios sectores sociales, que vivían en los nuevos barrios obreros o en los viejos inquilinatos del centro, estaban curtidos políticamente por movimientos como el de los arrendatarios de la década de 1920 o las quejas colectivas que sistemáticamente aprendieron a realizar ante el Concejo de la ciudad, así como también se manifestaron públicamente ante la Sociedad de Mejoras y Ornato y sus juntas barriales. La historiografía proveniente de las mencionadas tesis nos permite conocer mucho mejor hoy cómo la ciudadanía fue un ejercicio que antecedió a los “milagrosos” años treinta,</p>

y que el partidismo político no es el único lugar para examinar el derecho a la ciudad. Solo para dimensionar aún más que el asunto del espacio público y la participación ciudadana requiere de una mayor profundidad temporal, es interesante anotar, entre otros posibles ejemplos, cómo a mediados del siglo XIX las élites de la ciudad mencionaban con desprecio que se veían abocadas a caminar por el centro de las calles, pues por los “devaneos democráticos” la “plebe urbana” consideraba como su derecho utilizar los andenes y negarse a bajar de ellos para darles paso a los “señores” de la ciudad.

Germán Rodrigo Mejía Pavony